

Sin hacer del monte orégano. Jorge Mañach en la filosofía cubana

Félix Valdés García

Investigador. Instituto de Filosofía.

Sobre Jorge Mañach quedan cosas por decir; mencionarlo es buscar ruidos entre un público interesado en temas de la cultura y el pensamiento cubanos. Sin dudas, mueve la curiosidad tanto de aquellos que lo han leído, como de quienes han escuchado las opiniones más dispares sobre él. Y ni decir de los más añosos, a quienes les queda el bichito de la polémica a la cual Mañach siempre los tuvo acostumbrados, y viven aún su controvertida imagen, formada durante la República, o aquella del intelectual que se ausenta de Cuba después de 1959.

En los últimos tiempos, se ha escrito mucho sobre el Mañach periodista, ensayista, hombre de letras, ideólogo y sobre su papel político; sin embargo, tal vez reste hablar sobre su condición de filósofo, para estimar la dimensión de su pensamiento y fijar su lugar en la filosofía cubana. Hagamos un recorrido por su vida y sus ideas —sin pretender una exégesis a ultranza, como tampoco reivindicarlo o redimirlo— para ubicarlo en el complejo panorama de la primera mitad

del siglo xx, pues él es una de las figuras de ese tiempo con un espacio ganado en las letras y el pensamiento cubanos, que merece ser valorado en sus aciertos y sinrazones. Sin tener la pretensión de hacer una historia bien obrada, que nos indique ir de ella misma a Mañach, sino viendo al individuo frente a su tiempo, con sus dudas y meditaciones, sus juicios más íntimos, sopesemos su condición de hombre de pensamiento, para evitar cederlo a quienes lo prefieren sedicioso, o a aquellos que tal vez deseen mantenerlo contenido.

Tampoco hay que hacer del monte orégano, como diría el propio Mañach. No hay que armar a un filósofo a la fuerza, pues él tiene en su haber una obra que el mero hecho de mencionar sus títulos, confirmaría esa condición. Detrás de sus ensayos —aun en muchos de los publicados en revistas y periódicos de la época— hay siempre un punto de vista, una búsqueda de lo esencial, una perspectiva filosófica, por medio de la cual establece su análisis.

En una ocasión, Medardo Vitier le reprochó el poco trasfondo filosófico de sus artículos en la revista *Bohemia*; sin embargo, en casi toda su obra radica su filosofía, siempre que consideremos que esta forma del saber

Mención en el Premio *Temas* de Ensayo 2003, en la especialidad de Ciencias sociales.

no solamente se escribe en tratados, la mera teoría argumentativa o el discurso técnico, exacto, libre de vaguedades, sino que también puede estar contenida en toda la obra reflexiva y se puede expresar —como es común en nuestro caso— por medio de un lenguaje que no por figurativo y metafórico deja de ser argumentativo.

Tema aparte es el desempeño de Mañach, durante veinte años, como profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad de La Habana, que lo obligó a mantener determinada consideración sobre esta disciplina y hacer oficio de ella.

Tiremos las redes sobre la vasta obra de Mañach, buscando los presupuestos de sus análisis y lo que sobresale como ganancia final, para instituir y presentar su lugar en el pensamiento cubano. Comencemos mirando cómo su formación teórica desempeña un importante papel en su condición de filósofo u hombre de pensamiento. Sus primeras andanzas estuvieron vinculadas con la filosofía, lo que —según él mismo señala— lo hizo mantenerse al tanto de las nuevas ideas que en esta esfera se desarrollaban en América y en Europa.

Indagando y su vocación por la filosofía

Si hojeamos el plan de estudios que acompaña al certificado emitido por la Universidad de Harvard del estudiante de la Facultad de Ciencias y Letras, nos percatamos de que el alumno recibió durante tres semestres la asignatura de Filosofía, lo cual muestra la marcada importancia atribuida a la disciplina en el programa de la escuela. En entrevista publicada en una revista colombiana, Mañach decía que en Harvard estudió Filología románica con Sheldon, Ford y Grandgent, tres maestros eminentes; y Filosofía con Perry, Hocking y Levy-Bruhl. «De esa doble formación literario-filosófica me ha quedado esta dualidad de intereses que usted me ve».¹

Una vez terminados los estudios en Cambridge enseña durante un año como Instructor del Departamento de Lenguas Romances de la universidad de Harvard y, en 1922, becado por la misma Universidad, viaja a París para ampliar sus estudios, en este caso de Derecho. El 1 de diciembre recibe el pergamino de la Universidad de Droit que certifica haber cursado asignaturas de Derecho y Derecho Romano. Cargado de la influencia del medio cultural galo y las lecturas de autores contemporáneos decide —a pesar de su puesto como Instructor— regresar a Cuba y sumergirse en la vida de su país, llenarse del ambiente habanero, que le atraía más que permanecer al abrigo del buen oficio y la celebridad. Era Cuba su

mayor anhelo y su pluma su mejor recurso. El principiante quería ser ingrediente de los tiempos que se gestaban en su patria, primordialmente en el área de la producción cultural, tanto desde el escritorio como desde la Universidad.

Con su usual ironía, Raúl Roa recuerda los tiempos en que los antiguos contertulios del café Martí se reunían, durante 1922, en la peña literaria de la revista *El Figaro*, a la que Mañach se une —ya cuando esta se deshacía— y reconoce que el recién incorporado era visto por ellos con «aires de superioridad doctoral que le cabalgaba en las gafas». Sin embargo, Roa no deja de reconocerle su capacidad para «exhibir gracias y rigores de lenguaje».²

Mañach decide continuar estudios en la Universidad de La Habana; primero completar Derecho y luego Filosofía. En ambas carreras rinde exámenes con notas de sobresaliente, según consta en su expediente de estudiante.³ En 1924 recibe el título de Doctor en Derecho Civil y en 1928, el de Doctor en Filosofía y Letras. Su entrada a la vida cultural e intelectual habanera, su inclusión entre quienes como él comparten semejantes inquietudes, lo llevan a una intensa vida intelectual y práctica que va delineando su aptitud, sus convicciones y su posterior madurez teórica e ideológica. A pocos meses de haber llegado, en marzo de 1923, participa en la Protesta de los Trece, uno de los sucesos políticos y culturales germinales más importantes de la década de los años 20. De aquella acción espontánea, los protestantes se vieron involucrados en la formación de «una organización optimista e ingenua», la Falange de Acción Cubana, y de ahí en «un movimiento político que aspiraba a resolver el problema cubano en breves meses»,⁴ el de Veteranos y Patriotas, ambos de corta existencia y en los cuales, como uno más, estuvo insertado el joven Mañach.

Corrían años de intensa actividad política y social generada por la insatisfacción acumulada, por la frustración de la república que no lograba fraguar, después de más de veinte años de constituida. Son los tiempos de Julio Antonio Mella, de lucha estudiantil, de actividad de la FEU, de fundación del Partido Comunista, la CNOC, etc. El Grupo Minorista, los «minoristas sabáticos» —adjetivo que Mañach les diera al grupo de la protesta de marzo de 1923 y otros intelectuales— se consolida en entidad cultural y política en el medio intelectual de gran significado en la «década crítica», como llamó Marinello a la que va de 1923 a 1933. Sin abandonar el hábito de reunirse para intercambiar, no en un cenáculo, sino «forzando un poco el léxico [en] almorzáculos», se dan cita en el despacho de Emilio Roig de Leuchsenring, con «Villena

pensando en Martí», «Marinello que llega tarde», él como supernumerario, y muchos más, para compartir y hacerse «ilusiones de alta civilidad» en «una ocasión de amplia y clara y ortodoxa sobremesa».⁵

Mañach participa en el Grupo Minorista desde su constitución, y en la mayor parte de sus actividades culturales y socio-políticas. La agrupación —de izquierda ante el gobierno de Zayas— se caracterizó por su heterogeneidad ideológica y la inestabilidad de sus miembros. El transcurrir de los acontecimientos, el gobierno de Gerardo Machado, la prórroga de poderes, el «proceso comunista», la dictadura del «asno con garras», llevó a sus miembros del nacionalismo y la crítica al injerencismo yanqui, al antimperialismo, a la radicalización política en la lucha antimachadista, haciendo que sus miembros definieran sus posiciones ideológicas, los unos a la Liga Antimperialista y al Partido Comunista; los otros, a las reformas políticas, el cambio del gobierno, o al ABC, partido de vergonzosa evolución posterior.

El año 1928 fue un lustro que solventó la estabilidad del grupo de intelectuales. La polémica, en octubre de 1927, de Mañach con Villena —una mala controversia o un desafortunado desencuentro— fue el primer síntoma grave de la desintegración, según afirma Ana Cairo.⁶

Los días de Mañach, desde su llegada a fines de 1922 hasta los últimos años de la década, transcurren entre sus «Glosas», ensayos, redacción de la *Revista de Avance*, estudios, conferencias y las más disímiles actividades. Los jóvenes, que no tienen complicidades con el pasado, que tienen a Manuel Sanguily y a Enrique José Varona como sus maestros y arquetipos, van buscando que la República sea la que en el *Manifiesto de Montecristi* definiera Martí. Ya no es tiempo de rectificar, hay que regenerar. Hace falta una carga —dice Villena— que limpie la «costra tenaz del coloniaje», que extirpe el Apéndice de la Constitución, que haga se cumpla «el sueño de mármol de Martí». Y Mañach, a su modo, participa del intento por modelar la República que se forjaba, como intelectual y promotor, como transformador cultural, como hombre de pensamiento.

Los problemas económicos, sociales, de la educación en la que tanta esperanza se había cifrado con las ideas de Varona —y que Fernando Ortiz señala, en su *Decadencia de Cuba*, como un drama creciente— es estímulo para el intelectual, quien sorprendió al auditorio de la Sociedad Económica de Amigos del País con el diagnóstico de la crisis, esta vez de las manifestaciones superiores del entendimiento. No han pasado tres años de su regreso cuando imparte la conferencia conocida como «La crisis de la alta cultura en Cuba», para referirse a la precariedad de la cultura que alcanzan los pueblos

jóvenes con el logro de la independencia política como Estado y de la independencia social como nación.

En el proceso histórico de formación de la nación —una idea que desarrollará luego como conciencia, personalidad colectiva o nación que nos falta—, Cuba ha pasado por diferentes períodos que quedan delineados. En rápida ojeada de esta crisis —que significa cambio y no agonía—, Mañach refiere la falta de producción intelectual desinteresada como la que hacen pocos, tal vez Varona, Ortiz, Ramiro Guerra; la penuria intelectual; el acoso del pragmatismo de origen norteamericano; la desaparición de la figura del enciclopédico; la decadencia del coloquio, de la cátedra, de la universidad y de aquellas disciplinas que, como la Filosofía, allí tienen su cuna. El conferencista trata de descubrir sus causas, que además de las económicas, de la corrupción administrativa, están el choteo —ese vicio nacional—, lo idiosincrásico, la psicología y el clima, pues «ningún sistema filosófico se ha compuesto a 76 grados Fahrenheit».⁷

Tanto en las «glosas», como en su ensayo *Indagación del choteo*, continúa buscando, pensando en lo identitario y lo transitorio; el choteo es visto como idiosincrasia y enfermedad, para un proceso histórico de una nación que requiere un remedio de cultura. De modo que desde sus inicios, el joven letrado perfila dos de sus preocupaciones fundamentales: los problemas de la cultura cubana, la identidad nacional, y las posibles salidas prácticas, las soluciones para las cuales se dispone a prestar sus servicios como intelectual. Está convencido —bien sea por sus lecturas de Ortega y Gasset, como por el culto de esos tiempos a la juventud— de que los intelectuales poseen determinadas responsabilidades públicas y sociales.

La participación con sus inquietos coetáneos, rebeldes e iconoclastas, que en desacuerdo con sus padres se proponían una modernización cultural, una revolución contra las estructuras coloniales y, de hecho, contra los órdenes sociales de una república que padece de frivolidad, de choteo, de una crisis de la ilusión, además del caudillismo y la injerencia extranjera —que más tarde se define como imperialismo económico—, pone a Mañach frente a tareas literarias y de reflexión sobre estos problemas. Su generación se proponía fundar, crear, y para ello requería de ideas que no se encontraban en las filosofías repasadas en el siglo XIX, o en el positivismo. La revolución emprendida contra una república desustanciada, una realidad económica dependiente del imperialismo económico, una isla con un fuerte olor a caña, se hacía coetánea de las nuevas ideas que por la vieja Europa —y como siempre en el mundo franco alemán— daban hechas nuevas.

Mañach se había visto sumido en un proyecto que le sustrajo energías, con agrado: la redacción de la *Revista*

de *Avance*, la cual significó un taller de cultura, un modo de modernizar, de ser de vanguardia en las artes. Sin embargo, por la complejidad de la realidad política de la Isla y a pesar de que se proponía ser exclusivamente «una revista de cultura», la *Revista de Avance* se vio interpelada por todas las «preocupaciones ideológicas diversísimas que su propósito implica».⁸ Los atropellos del gobierno de Machado, la represión, hacen que los compromisos políticos y también las ideas se definan, tanto como los proyectos y las posibles curas a los males republicanos. Mañach pensaba que en la vida pública se podrían mantener la zona de la cultura y la zona de la devastación, y creía —lo reconoce luego— que ampliando la parcela de la cultura «acabaríamos algún día por hacer del monte, orégano». La sublimación que el vanguardismo significaba y el estar rodeado por «tan sórdida, tan mediocre, tan irremediable» realidad, le pone sus límites. Lo que a ellos les pareció una insolencia de Varona cuando les dijo: «Están en las nubes. Ya caerán», les vino de sopetón. «Levantados con ánimos de poda y chapeo», decididos a asumir la ofensiva contra el «yerbazal venenoso», los jóvenes intelectuales no se pudieron sustraer de la vida política a pesar de su interés por el área de la cultura. Cayeron tan pronto como la tiranía quiso reducirlos del nivel de la opresión al nivel de la abyección. La revista cerró en 1930. Los sueños se fugaron —dice Mañach— y la realidad se hizo una pesadilla inexorable, pero ese vanguardismo, en la vertiente cultural, «fue el primer síntoma de la revolución», de protesta contra lo caduco, la retórica, la vulgaridad, la cursilería, contra las mayúsculas y a veces contra la sintaxis. Ellos se emperraban contra las mayúsculas porque no era posible suprimir a los caudillos que eran las mayúsculas de la política.⁹ Y todo ello se producía mientras «la revolución verdadera», la que sí lleva mayúscula, estaba todavía por hacerse en Cuba, como certeramente reconociera Mañach en 1934.

A pesar de la «limpia» necesaria, como diría Ortiz, o de la «poda y chapeo» que se requería, ¿Cómo y por dónde seguir? ¿Tienen razón Marinello, Villena, y otros intelectuales que se habían acercado al marxismo y al comunismo? Mañach, como otros minoristas escritores e intelectuales, buscan en el complejo panorama de la lucha contra Machado un lugar, y esto significa una convicción. ¿La más radical? ¿Además de ser antimachadista habría que pensar en ser antimperalista, de la Liga, como lo era su amigo Marinello, o era preferible mantenerse en lugares menos estridentes y de compromisos límites? ¿Sería suficiente luchar por el cambio de gobierno, hacer reformas y garantizar el orden burgués, o hacer una Cuba nueva, socialista? ¿No será anticipado un proyecto de socialismo «en la boca misma del Mississipi»?¹⁰ Para él, como para otros

intelectuales, había una voluntad política: «la de servir a Cuba», como años más tarde le escribiera a Carlos Rafael Rodríguez,¹¹ no precisamente dentro de las opciones definidas, la del Partido Comunista y la izquierda antimperalista, sino dentro de otra, menos épica y disonante.

Preferencias teóricas

¿A partir de qué principios generales, filosóficos, actúa Mañach? ¿Cuáles son las consideraciones que le sirven de estímulo en sus valoraciones? ¿En cuáles se basa el joven pensador desde las alturas de la Filosofía?

No cabe duda de que Mañach fue conocedor de teorías de intelectuales europeos, y que las exigencias de prácticas a las que se había sumado demandaban no trasladar, no repetir desde la academia o la tribuna, sino hacerlas suyas para servir a sus empeños. Es palpable, y todos coinciden en afirmarlo, la influencia en el joven pensador de las nuevas ideas venidas de Europa: Dilthey, Husserl, Bergson, Hartmann, Scheler, que imponen nuevos modos de filosofar, así como de los españoles de la generación del 98: Unamuno y en particular, José Ortega y Gasset, de quien, al morir este, Mañach dijera que había sido una de sus más grandes devociones de lector y que «si en alguna parte ejerció magisterio fue entre nosotros», pues en su generación «había aparecido hasta una “beatería” orteguiana».¹²

Mucho se ha hablado de las semejanzas o no, entre ambos. Los dos se igualan por la actitud ante la filosofía que desasida de los prejuicios científicos de etapas anteriores, ejercen asistidos por el poderoso arte del escritor, más allá de la pura teoría. Ambos piensan con audacia y amplitud de visión, que abarca las manifestaciones conexas a un hecho o idea, con honda penetración en sus implicaciones, así como con pulcritud y sutileza en los razonamientos, donde se combinan la sensibilidad con la inteligencia, la razón con la imaginación. Ambos, influidos por la fenomenología alemana, estrenan una técnica nueva del pensar, a lo cual se añade una opulencia de vocabulario, ingenio para expresarse con imágenes no trilladas y una prosa de armonía estructural, gracia y amenidad, que hacen de los dos verdaderos ejemplos literarios de la lengua española.

No menor fue la influencia de José Martí, a quien Mañach reconocía como esencial en la historia del pensamiento, la acción y la ética cubanas, y quien le sirvió de guía esclarecedor en muchas ocasiones de compromisos políticos, en tiempos de conflicto «que nunca huelen a clavellina», aunque tal vez los avatares concretos, las circunstancias políticas, consideradas por Mañach como transitorias y circunstanciales, lo alejasen,

Para Mañach, el siglo superado había tratado de estudiar y sistematizar las cosas serias llenando la ciencia de conceptos que le atribuían un contenido real, y que los años posteriores se encargarían de negarle. Se trata entonces —y es lo que Mañach sugiere— de «ir a lo menudo», a lo «aparentemente poco serio», como es el caso del choteo para el cubano, y olvidar la epistemología tradicional del siglo XIX que mostraba, anticipadamente ante sus ojos, su incapacidad de caracterizar la realidad de forma absoluta.

frente a los deseos de algunos, de actitudes más palmariamente martianas. Analizarlas requeriría valoraciones que exigen un detenimiento mayor y que, por otra parte, otros han hecho.

Mientras hace suyos estos referentes, yacentes en el espíritu de su época, otros, en diametral oposición, asumen nociones venidas del marxismo de la Rusia Soviética, que ya había encontrado adeptos en la Isla y prometía una solución más inmediata, radical y efectiva a la crítica situación nacional. Según dijera Mañach, como sarampión que casi le contagia se difundió entre sus coetáneos.

Fenomenología y choteo o fenomenología del choteo

En *Indagación del choteo* (1927)¹³ —un ensayo donde continuaba desarrollando sus preocupaciones anteriores sobre la situación cubana y lo identitario cultural—, Mañach va más allá de lo que comúnmente se ha dicho. La *Indagación* se ha evaluado como un ensayo de psicología social, o un texto ameno y profundo que refiere un problema consustancial a la idiosincrasia criolla, acerca de una enfermedad y vicio que exigía ser resuelto. Sin embargo, puede ser considerado una obra que apunta a una nueva época en el desarrollo de la filosofía en Cuba, en estrecha correspondencia con el pensamiento universal: la fenomenología, y una nueva forma de expresión que siempre acompañaría a Mañach en lo sucesivo: el ensayo filosófico. Dos rasgos para un inicio de siglo en la filosofía cubana, lo cual ha sido poco advertido.

La fenomenología, uno de los tres grandes imperios en filosofía, al lado del marxismo y la filosofía anglo-americana del siglo XX —como dijera Ferrater Mora—,¹⁴ había surgido como doctrina de la apariencia y del conocimiento sensible en oposición a la teoría tradicional de la verdad que abogaba por estudiar las cosas, tal vez menudas, andar por los caminos

vivenciales de la conciencia hasta llegar al saber absoluto o la ciencia. Según Husserl, su método, ampliamente conocido en la Europa de inicios de siglo, permitiría describir el sentido de las cosas viviéndolas como fenómenos de la conciencia, clarificándolas para llegar a las cosas mismas a partir de la propia subjetividad. Ya la realidad no sería reducida a lo dado en las ciencias empíricas como abogaba el positivismo, y que en Cuba había profesado Varona. En esta reacción, las cosas se toman en su especificidad, tal como aparecen. La filosofía queda convertida, más bien, en actividad descriptiva. El *slogan* husserliano de ¡a las cosas mismas! parece haber sido repetido por Jorge Mañach en este ensayo,¹⁵ calificado en ocasiones de superficial, de no ser riguroso en la caracterización de tan menudo tema: el choteo.

Indagación del choteo, una obra sobre un tema «aparentemente poco serio y de aspecto baladí e irrisorio»,¹⁶ parte de cosas menudas y familiares, mas permite todo un recorrido por los rasgos esenciales de lo cubano; cuestión que con posterioridad veremos desarrollada en el pensamiento latinoamericano cuando se ocupa de la filosofía de lo mexicano, lo peruano, etc., en la búsqueda de una filosofía auténtica y original; una polémica que se desarrolla a partir de la década de los 40 entre latinoamericanistas y universalistas, ideólogos y filósofos, y unos años después, entre filósofos de la liberación y analíticos.

No bastaba el diagnóstico de la crisis de la alta cultura cubana, de la realidad social, sino que se hacía necesario saber quiénes éramos, qué nos distinguía o tal vez partir del cuestionamiento del ser nacional mediante las fallas, las enfermedades. En ese anhelo por lograr la conciencia que nos faltaba, la idea de nación, había que diseccionar, escudriñar en los rasgos que distinguían lo cubano. ¿Cómo proceder?

Para Mañach, el siglo superado había tratado de estudiar y sistematizar las cosas serias llenando la ciencia de conceptos que le atribuían un contenido real, y que los años posteriores se encargarían de negarle. Se trata